

Bakkhís la cogió de los cabellos y la arrastró por el suelo manchado, sobre las flores y las ánforas de vino, gritando:

—¡En cruz! ¡en cruz! ¡Buscad clavos! ¡Buscad martillo!

—¡Oh!—dijo Seso á su vecina—. Yo no he visto eso nunca. Sigámoslos.

Todos siguieron apresuradamente, y Khrysis también, la única que conocía al culpable, la única que había ocasionado esto.

Bakkhís fué directamente á la habitación de las esclavas, sala cuadrada con tres colchones en donde dormían de dos en dos al terminar las noches. Elevábase en el fondo, como una amenaza allí presente siempre, una cruz en forma de T, que hasta entonces no había sido utilizada.

Entre el confuso murmullo de las mujeres y de los hombres, cuatro esclavas levantaron á la mártir al nivel de los brazos de la cruz.

Aún no se había escapado de su boca un sonido, pero al sentir la frialdad del rugoso madero en su desnuda espalda, se le enarcaron los grandes ojos y le vino un sacudimiento gemebundo que no la dejó ya.

Pusiéronla á horcajadas en una clavija de madera fijada en el centro del tronco, la que servía para sostener su cuerpo y evitar que se desgarraran las manos.

Después le extendieron los brazos.

Khrysis miraba esto en silencio. ¿Qué podía decir? Para disculpar á la esclava habría tenido que acusar á Demetrios, que estaba al amparo de cualquiera persecución, y que, según ella pensaba, se vengaría cruelmente. Además, la esclava

La crucificada

TODAS repitieron á coro:
—¡Afrodisia lo tomó! ¡Perra! ¡Perra! ¡Inmunda! ¡Ladrona!

Sus temores personales duplicaban su aborrecimiento á la hermana preferida.

Aretias la golpeó en el pecho con un pie.

—¿En dónde está?—gritó Bakkhís—. ¿En dónde lo has puesto?

—Lo ha dado á su amante.

—¿Quién es?

—Un marinero ópico.

—¿En dónde se halla su navío?

—Partió esta tarde para Roma. No volverás á ver ya tu espejo. ¡Hay que crucificar á esta perra, á esta fiera sanguinaria!

—¡Ah! ¡Dioses, dioses!—clamó Bakkhís llorando.

En seguida se transformó su dolor en una cólera loca.

—Afrodisia había vuelto en sí; pero paralizada por el espanto y sin comprender lo que ocurría, permaneció sin voz y sin lágrimas.

constituía una riqueza, y el inveterado rencor de Khrysis la inducía á complacerse mirando cómo su enemiga iba de ese modo á destruir con sus propias manos un valor de tres mil dracmas, exactamente lo mismo que si arrojara las monedas de plata en el Eunosto. Y en último término, la vida de una criatura servil no valía la pena de que ella se ocupase en salvarla.

Heliopé alargó á Bakkhís el primer clavo con el martillo, y comenzó el suplicio.

La embriaguez, el despecho, la cólera, todas las pasiones juntas, y aun ese instinto de crueldad que mora en el corazón de la mujer, agitaron el alma de Bakkhís en el momento en que descargó el golpe, y lanzó un grito casi tan penetrante como el de Afrodísia cuando se le torció el clavo sobre la palma de la mano abierta.

Clavó la segunda mano, clavó los pies, uno sobre otro, y excitada por los ríos de sangre que brotaban de las tres heridas, gritó enfurecida:

—¡No basta! ¡Toma! ¡ladrona! ¡puerca! ¡prostituta de marineros!

Y quitándose uno tras otro los largos alfileres de sus cabellos, los hundía con ímpetu en la carne de los pechos, del vientre y de las caderas. Cuando ya no tuvo armas en las manos, abofeteó y escupió á la desdichada.

Contempló algún tiempo la obra de su venganza, y volvió en seguida al gran salón acompañada de sus convidados.

Sólo Frasilas y Timón no la siguieron.

* * *

Pasado un instante de recogimiento, Frasilas tosió un poco, se puso la mano derecha sobre la mano izquierda, alzó la cabeza, levantó las cejas

y se acercó á la crucificada, sacudida sin interrupción por un temblor espantoso.

—Aunque yo—le dijo—, en no escasas circunstancias, me ponga en contra de las teorías que pretenden llamarse absolutas, no puedo desconocer que tú ganarías mucho en el caso en que te encuentras si estuvieses familiarizada seriamente con las máximas estoicas. Zenón, que no parece que conservase en todo un espíritu exento de error, nos ha dejado algunos sofismas sin gran alcance general, pero que podrías aprovechar con el particular propósito de calmar tus últimos momentos. El dolor, aseguraba él, es una palabra falta de sentido, puesto que nuestra voluntad domina las imperfecciones de nuestro cuerpo perecedero. Verdad es que Zenón murió á los noventa y ocho años, dicen los biógrafos, sin haber tenido ni una ligera enfermedad. Pero esto no constituye una objeción que pueda argüirse en contra suya, pues si logró conservar su salud inalterable, no podemos concluir lógicamente de ello que le faltase el carácter de haber estado enfermo. Sería, por lo demás, un abuso el obligar á los filósofos á que practiquen personalmente las reglas de vida que proponen, y á que cultiven sin intermisión las virtudes que juzgan superiores. En suma, y para no desenvolver excesivamente un discurso que arriesgaría durar más que tú misma, esfuérzate, querida mía, en elevar tu alma, en cuanto dependa de ella, por encima de tus sufrimientos físicos. Por tristes y crueles que los sientas, ten la persuasión de que tomo verdadera parte en ellos. Ya tocan á su término; ten paciencia y olvida. De las diversas doctrinas que nos suponen una inmortalidad, ha llegado la hora en que puedes escoger

la que mejor mitigue la pena que te causa el desaparecer. Si ellas son ciertas, habrás dulcificado las ansias de la muerte; y si mienten, ¿qué te importa, si nunca has de saber que te engañaste?

Después de hablar así, Frasilas volvió á ajustar el pliegue de su vestidura sobre un hombro y se esquivó con inseguro paso.

Timón quedó solo en la pieza con la agonizante en cruz.

No se apartaba de su memoria el recuerdo de una noche que había pasado sobre los senos de aquella infeliz, juntamente con la atroz idea de la podredumbre inminente en que se disgregaría el hermoso cuerpo que había ardido entre sus brazos.

Se oprimía los ojos con la mano para no ver á la crucificada, pero *escuchaba* sin interrupción el estremecimiento del cuerpo sobre el madero.

Al fin la miró. Extensas redes de sangrientos hilos se entrecruzaban sobre la piel desde los alfileres clavados en el pecho hasta los dedos contraídos de los pies. Giraba la cabeza continuamente. Toda la cabellera pendía del lado izquierdo, empapada en sangre, sudor y perfumes.

—¡Afrodisia! ¿me oyes? ¿me reconoces? Soy yo, Timón, Timón.

Una mirada casi ciega llegó hasta él por un instante. Pero la cabeza no cesaba de moverse ni el cuerpo de temblar.

Poco á poco, cual si temiera causarle daño con el ruido de sus pasos, avanzó el joven hasta el pie de la cruz. Tendió hacia adelante los brazos, tomó con precaución entre sus dos manos fraternales la cabeza sin fuerza que giraba, apartó piadosamente á lo largo de las mejillas los cabe-

llos adheridos por las lágrimas y depositó sobre los calientes labios un beso de ternura infinita.

Afrodisia cerró los ojos. ¡Acaso reconoció al que acababa de encantar su horrible fin con este impulso de piedad amorosa!... Una inexpresable sonrisa alargó sus párpados azulados, y lanzando un suspiro, entregó el espíritu.

Entusiasmo

HECHA estaba la cosa. Khrysís tenía la prueba.

Si Demetrios se había resuelto á cometer el primer crimen, sin dilación debían haber seguido los otros dos; porque un hombre de su clase tenía que considerar el asesinato, y aun el sacrilegio, menos ignominioso que el robo.

Había obedecido, luego estaba cautivo. Ese hombre libre, impasible, frío, también sufría la esclavitud, y su dueña, su dominadora, era ella, Khrysís, la Sarah del país de Genezareth.

¡Ah, pensar en eso, repetirlo, decirlo en voz muy alta, hallarse sola! Khrysís se precipitó fuera de la estruendosa casa y corrió arrebatada, en línea recta hacia adelante, sintiendo que la fresca brisa de la mañana la hería en pleno rostro refrescándola.

Siguió hasta el Ágora la calle que conducía al mar, á cuyo extremo se apiñaban como espigas gigantescas los mástiles de ochocientos navíos. Torció luego á la derecha, ante la inmensa avenida del Dromo, donde se encontraba la casa de

Demetrios. Un estremecimiento de orgullo la envolvió al pasar frente á las ventanas de su futuro amante; pero no cometió la torpeza de ser la primera en tratar de verle. Recorrió la larga vía hasta la puerta de Canope y se tendió en tierra entre dos áloes.

El había hecho eso; lo había hecho todo por ella, más que ningún amante había hecho sin duda por mujer alguna. No cesaba de repetírselo y de afirmarse en su triunfo. Demetrios, el Predilecto, el sueño imposible y sin esperanza de tantos corazones femeninos, acababa de exponerse por ella á todos los peligros, á todas las vergüenzas, á todos los remordimientos, por su voluntad propia. Había consentido hasta en renegar del ideal de su pensamiento, despojando á su obra del collar milagroso, y la luz de ese día que estaba comenzando á alborear vería al amante de la diosa rendido á los pies de su nuevo ídolo.

«¡Tómame! ¡tómame!», prorrumpió ella. Y lo adoraba ya entonces, lo llamaba, lo deseaba. En su imaginación se metamorfoseaban los tres crímenes en acciones heroicas, que jamás podría compensar ella ni con todo el raudal de su ternura, ni con el mayor fuego de su pasión. ¡Con qué llama incomparable ardería este amor único de dos seres por igual jóvenes, por igual bellos, amados igualmente el uno por el otro y reunidos para siempre después de vencer tantos obstáculos!

Ambos se marcharían, abandonando la ciudad de la reina, navegarían con rumbo á países misteriosos, á Amatonta, á Epidauro ó á esa Roma desconocida, la segunda ciudad del mundo des-

pués de la inmensa Alejandría, y que tanto se esforzaba en conquistar la Tierra. ¡Qué de cosas no harían allá donde fuesen! ¡Qué placeres conocerían, qué felicidad humana habría de envidiarlos, palideciendo ante el encanto que esparcieran á su paso!

Khrysis se puso en pie llena de arrobamiento. Extendió los brazos, apretó los hombros, tendió el busto hacia delante. Una sensación de languidez y creciente alegría inundaba su pecho endurecido. Tornó á ponerse en marcha para regresar á su casa...

Cuando abrió la puerta de su cámara hizo un movimiento de sorpresa al ver que nada, desde la víspera, había cambiado bajo su techo. Las chucherías de su tocador, de su mesa, de sus estantes, le parecieron insuficientes para su nueva existencia. Rompió algunas que le recordaban muy directamente á antiguos amantes por quienes concibió repentino aborrecimiento. Si con las demás no hizo otro tanto, fué debido, no á preferencia que tuviera por ellas, sino al temor de desahajar su alcoba en caso que Demetrios proyectase pasar allí la noche.

Mientras se desnudaba lentamente, le caían de la túnica migajillas de pastel, cabellos, hojas de rosas, vestigios de la reciente orgía.

Se frotó con la mano su talle desceñido del cinturón y hundió los dedos en su espesa cabellera para aligerársela. Pero antes de entrar en su lecho, vínole el deseo de reposar un instante sobre las alfombras de la terraza, donde tan deliciosa era la frescura del aire.

Subió allá.
El sol, salido hacía pocos instantes, descan-

saba sobre el horizonte como una enorme naranja ensanchada.

Una alta palmera de encorvado tronco doblaba sobre la cornisa su ramaje verde, y allí refugió Khrysis su desnudez temblorosa, teniéndose los pechos con las manos.

Su vista erraba sobre la ciudad, que poco á poco iba blanqueando. Los vapores violeta del amanecer ascendían de las calles silenciosas, hasta desvanecerse en el aire luminoso.

De súbito, brilló en su mente una idea, que fué creciendo, la dominó y le trastornó el juicio. ¿Por qué Demetrios, que tanto había hecho ya, no habría de matar á la reina, si en su mano estaba el ser rey?

Y entonces...

* * *

Y entonces, aquel océano monumental de casas, palacios, templos, pórticos y columnas que á su vista flotaba desde la Necrópolis del Poniente hasta los jardines de la Diosa: Broukhion, la ciudad helénica, regular y deslumbradora; la ciudad egipcia de Rhakotís, ante la cual se erguía cual una montaña acropolita el Paneión cubierto de claridad; el Gran Templo de Serapis, cuya fachada ornamentaban dos largos obeliscos de color de rosa; el Gran Templo de Afrodita, rodeado por los murmullos de trescientas mil palmeras é innumerables olas; el Templo de Perséfone y el Templo de Arsinoe, los dos santuarios de Poseidón, las tres torres de Isis Faris, las siete columnas de Isis Lokhías, y el Teatro, y el Hipódromo, y el Estadio, donde habían corrido Psítacos contra Nikosthene, y la tumba de la princesa Stratonicia, y la tumba del dios Alejandro...

¡Alejandría! ¡Alejandría! el mar, los hombres, el colosal faro de mármol, cuyo espejo salvaba á los hombres de mar. ¡Alejandría! la ciudad de Berenice y de los once reyes Ptolomeos, el Fyskón, el Filometor, el Epifanio, el Filadelfo. Alejandría, centro á que convergían todos los sueños, corona de todas las glorias conquistadas desde hacía tres mil años en Menfis, Tebas, Atenas y Corinto por el cincel, por la flauta, por el compás y por la espada; más allá, el Delta lamido por las siete lenguas del Nilo, Saís, Bubasta, Heliópolis; luego, remontándose al Sur, la faja de fecunda tierra, el Heptanomo, donde á lo largo de las escarpadas márgenes del río se escalonaban mil doscientos templos para todos los dioses; y más lejos, la Tebaida, Dióspolis, la isla Elefantina, las cataratas infranqueables, la isla de Argos... Méroe... lo desconocido; y todavía, si las tradiciones egipcias eran ciertas, la región de los lagos fabulosos de donde se desprende el Nilo antiguo, tan grandes, que se pierde el horizonte cuando se atraviesan sus purpúreas ondas, y tan elevados sobre las montañas, que reflejan las estrellas, ya próximas, como pomas de oro; todo esto, todo, sería el reino, el dominio, la propiedad de la cortesana Khrysis.

Alzó los brazos sofocada, cual si creyera poder tocar el cielo.

Y al hacer este movimiento vió pasar con lentitud por su izquierda una ave de grandes alas negras que volaba hacia alta mar.

LIBRO IV